

reflexiones, las comparaciones, las bellas imagenes y todas las gracias de la diction, que hacen su discurso tan claro, ameno y adornado, aparecen mas espontaneas: la claridad, la facilidad, la gallardía y amenidad de sus ideas y de su estilo están mas constantemente sostenidas, y todo manifiesta en Fontenelle un ingenio mas vivo, mas fecundo, mas alegre y mas ameno. Alabense, pues, enhorabuena como elegantes y graciosos los dialogos de Zanotti y de Algarotti; pero cedan todos la gloria á los de Fontenelle, y reconozcanse estos como superiores á todos los de sus seqüaces, y como los mas perfectos exemplares en esta especie de dialogos. Ahora, quando honrados los dialogos por tan nobles plumas francesas é italianas parecía que debiesen estar mas en uso, se ve al contrario que dexan de ser de moda, y apenas se hallan usados por los escritores modernos, ni estimados de los críticos, quienes creen que el dialogo mas pueda perjudicar á la precision y rapidéz del discurso didascalico, que con-

contribuir á la claridad y amenidad. Asi que dexando los dialogos pasarémos á exâminar la eloqüencia epistolar.

CAPITULO V.

Eloqüencia epistolar.

Qué parte de la eloqüencia podrá gloriarse de un uso tan comun y universal, como en todos tiempos, y singularmente en los mas cultos, ha obtenido la epistolar? Pero sin embargo el dirigirse las cartas á un hombre solo para que las lea privadamente y como en secreto, y el carecer de público auditorio y abierto teatro, donde pueda campea la belleza del estilo, ha hecho que se pusiese poco cuidado en componer un arte de eloqüencia epistolar, y en cultivarla con tanto ardor, como parecía exígir su frecuente practica, y uso casi universal. Desde siglos muy remotos nos asegura Josef Hebreo (a) de

una

Antigüedad de la eloqüencia epistolar.

(a) *De antiqu. lib. VIII, cap. II.*

una correspondencia epistolar entre Salomon y el Rey de Tiro, de quienes aún en su tiempo guardaban zelosamente las cartas los Tirios. Y que antes de Salomon no fuese desconocido el comercio epistolar lo manifiestan la carta de Belerofonte que nos refiere Homero (a), la de Vrias y otras cartas insinuadas en la historia sagrada y en la profana. Los Griegos, extremadamente deseosos de tratar con todos, vivamente curiosos de saber las noticias, y por otra parte amantes de todo genero de eloqüencia, ciertamente debian tener grande inclinacion, y encontrar sumo gusto en escribir cartas, y perficionar mucho esta parte de la eloqüencia, que tanto contribuye á los intereses de la vida civil, y á las ventajas de la sociedad. ¡Que sales, que gracias, que lepor y que amenidad no debian esperarse de las cartas de los vivaces é ingeniosos Atenienses! La dulzura, simplicidad y elegancia que encontramos en sus dialogos nos pueden

(a) *Iliad.* VI.

dar indicio de las gracias, y de la suavidad y gentileza que los mismos habrán usado en las cartas familiares. Pero ¿donde podrán encontrarse estos monumentos de su culta sociabilidad y amistad literaria? Diogenes Laercio trae algunas cartas de Solon, de Thales, de Ferecides y de los filósofos mas antigüos, omitiendo otros de tiempos mas recientes; pero todos los criticos están tan convencidos de la ilegitimidad de tales cartas, que sería en vano el querer fundar en ellas el argumento de su merito en el estilo epistolar. Mayor fe se han adquirido entre algunos las famosas *Cartas de Falaris*. Toda la Inglaterra estaba puesta en armas á fines del siglo pasado y principios de este, empeñada en una guerra civil por sostener la legitimidad, ó la suposicion de aquellas célebres cartas. Carlos Boyle, seguido de muchos, hacia los mayores esfuerzos para probar su gloriosa antigüedad; quando Ricardo Bentley, ayudado de una multitud mas numerosa, empuñaba valerosamente la pluma para destruir-

Cartas de Falaris.

truírla enteramente, y hacer patente á todos su suposicion. Toda la Inglaterra seguía valerosamente uno ú otro partido; y el resto de Europa gozaba con gusto de las muchas y curiosas noticias, que sobre esta materia presentaban las eruditas disertaciones de los doctos ingleses. Nosotros sin detenernos en exâminar profundamente este punto, reflexionando sobre la extrínseca autoridad de los críticos inteligentes en esta materia, los quales quasi todos desacreditan las controvertidas cartas de Falaris, y sobre las muchas razones intrínsecas, que para refutarlas se le presentan á qualquiera que las lea con atencion y sin espíritu de partido, las pasaremos por alto, y no nos pondremos á exâminarlas como un monumento del mérito de los Griegos en la eloqüencia epistolar. Ni para este fin podremos hacer mas aprecio de las cartas de Isócrates, de Platon, de Demostenes y de Eschines, que se encuentran entre las obras de aquellos filósofos y oradores. No aseguraré que sean fingidas por algun re-

retórico posterior las epistolas que tenemos baxo el nombre de Isócrates y de Platon; pero si diré, que estas, sea quien se fuese su autor, distan mucho de aquel familiar y confidencial estilo que corresponde á semejantes escritos, y tienen muchas de declamatorio que de epistolar. ¿Quien no tendrá por oraciones antes que por cartas las que Isócrates escribe á Filipo exhortandole á emprender la guerra contra los Persas, y tratando materias políticas que interesan al estado? Semejantes argumentos exigen ciertamente un lenguaje noble y sublime, y son poco compatibles con la tenuidad de un estilo humilde y familiar, que es el que corresponde á las epistolas; pero sin embargo deben tratarse diversamente en una carta privada que en un razonamiento público. Ciceron, y sus amigos tratan con frecuencia materias políticas en su comercio epistolar; pero su estilo, aunque grave y magestuoso, es diverso del que usa en las oraciones; mas Isócrates está tan lejos de dar un ayre familiar y confiden-

Isócrates.

cial á las materias de estado, que aún en la carta que tiene por objeto la amigable recomendacion de Diodoto su amigo, no sabe apartarse enteramente del oratorio, y de quando en quando sale inoportuna- mente con declamaciones. Las cartas de Isócrates, dice su panegirista el abate Auger (a), son las composiciones de un retórico, que quiere meterse á dar consejos á los príncipes y á los monarcas. Platon, ó quien sea el autor de las cartas que tenemos baxo su nombre, no es declamador como Isócrates: escribe cartas, no oraciones, y sabe acomodarse mucho mas al estilo que corresponde á tales escritos. Yo no me atreveré á asegurar que todas las cartas de Platon esten compuestas realmente con el fin de dirigirlas á las personas á quienes se escriben; pero algunas de ellas ciertamente tienen toda la apariencia de haberse compuesto con este objeto. Otras, aunque tienen alguna forma de cartas familiares, manifes-
tan al

(a) *Refl. sur les lett. de Dem. et d' Esch.*

mismo tiempo que es el político Platon, y no el amigo, el que escribe. Algunas son tan desmedidamente largas, y otras tienen un estilo tan didascalico y propio de las disertaciones, que parecen escritas para un entretenimiento filosófico y retórico, no para un desahogo del corazon, y para tratar confidencialmente con las personas á quienes están dirigidas. ¿Que dirémos, pues, de las cartas de Demostenes y de Eschines que se encuentran entre sus obras? El antes citado Auger, tan versado en los escritores griegos, que ha empleado felizmente todo su estudio en conocer, y hacer conocer las riquezas de la eloquencia griega, no puede dexar de confesar que sea poquísimo quanto en punto de cartas nos ha quedado de los Griegos antigüos; y quiere que de esto poco solo las cartas de Eschines esten verdaderamente escritas en estilo epistolar. Pero Reiske, que ni á Auger ni á ningun otro filósofo de este siglo cede en el estudio, y en la inteligencia de la literatura é idioma griego, niega abiertamente

que sean de Eschines las cartas, que se encuentran entre sus obras, y que él cree deberse atribuir á Libanio. Tal vez estos escritores han opinado ambos á dos con algun fundamento. Es cierto que las cartas de Eschines, ó de quien sea el autor de las que corren en su nombre, tienen mucho mas gusto de estilo epistolar, que quanto se celebra con el titulo de cartas griegas de la antigüedad; y en esta parte es preciso adherir al dictamen de Auger. Pero no por esto deberá tenerse por igualmente cierto, que sean de Eschines tales cartas. No sé que fundamentos tuviese Reiske (a) para atribuir las á un ensayo de eloqüencia del sofista Libanio; pero bien descubro, por ciertos rasgos estudiados, por algunas alusiones y por todo el contexto de aquellas cartas, que hay fundamento para temer que no hayan nacido de la mente y del corazón de Eschines, sino que ilegítimamente se las ha atribuido algun sofista no inculto. Y si las cartas

(a) Vol. III. Praef.

cartas de Eschines no parecen dignas de su eloqüencia, ¿que diremos de las de Demostenes tan inferiores en la elegancia y en todas las prendas de la eloqüencia epistolar? Todos los mejores críticos están conformes en refutarlas por espureas, y se indignan fuertemente contra la temeridad del ignorante sofista, que tuvo el ridículo atrevimiento de producir las baxo un nombre tan respetable. Nosotros tenemos cartas de Hipocrates, de Heraclito, de Chion, de Diogenes, de Aristoteles, de Crates, de Euripides, de la pitagórica Teano y de otros muchos respetables sujetos de la Grecia. Pero todas estas cartas se ven generalmente despreciadas de los críticos, como escritas por antojo de algun sofista posterior, y vanamente atribuidas á personas tan ilustres. Clearco en el libro segundo de las eroticas, citado por Atheneo (a), supone que hubo entre los Griegos muchas cartas amorias, y de todas dice, que eran una especie de

Demostenes y otros Griegos.

(a) Lib. XIV.

dialogo ó de poesía amatoria. Dionisio Halicarnaseo en su carta á Gn. Pompeyo nos da noticia de ciertas cartas de Teopompo intituladas *acaicas* por versar tal vez sobre la Acaya, ó bien *arcaicas* por estar escritas en estilo antiguo, y de estas cartas dice, que nada ceden en la fuerza á las oraciones de Demostenes, y que él las escribió dexandose llevar del ardor de su espíritu. Otras cartas del mismo Teopompo parecen ser aquellos consejos ó aquellos preceptos, de que tambien hace mencion el mismo Dionisio, diciendo que Teopompo escribió las cartas acaicas ó arcaicas, y otras preceptivas y exhortatorias; pero cartas preceptivas y exhortatorias no podian ser verdaderas cartas, y debian tener mucho mas del estilo declamatorio que del epistolar. Tales habrán sido la carta Quia ó escrita á los de Quio por Teopompo, y la otra á Alexandro, citadas por Atheneo (a), y otras alabadas por otros. De Antipatro capitán de Alexandro dice

Sui-

(a) Lib. XIII.

Suidas, que quedaban dos libros de cartas. Atheneo cita cartas de Epicuro, cartas de Lysias, cartas de Eratostenes, cartas de Geronimo; y otros citan cartas de estos y de otros muchos. Pero todas estas y tantas otras cartas que los Griegos se habran escrito mutuamente, todas se han perdido, y poquísimo, ó por mejor decir nada tenemos de los felices tiempos de la Grecia, que pueda tomarse por modelo de verdadera eloquencia epistolar, ni los Griegos, nuestros maestros en todas las otras especies de composiciones, pueden en esta ejercer su universal magisterio.

Mayor influxo han tenido en esta parte los Romanos, de quienes nos han quedado mas autenticos é irrefragables monumentos. Quintiliano nos alaba (a) las cartas de Cornelia madre de los Gracos, que aún en su tiempo se conservaban como un precioso deposito de pura y culta latinidad. Pero ahora que ya no tenemos las cartas de Cornelia, los muchos libros de

Ciceron y otros Latinos.

(a) Lib. I, c. I.

de cartas tulianas, que todavia se conservan, nos presentan varias muestras del estilo epistolar de gran parte de los hombres ilustres de aquella edad, y nos hacen ver el gusto universal que reynaba en todos los Romanos de escribir las cartas privadas y familiares con limada pulidez, y con estudiada elegancia. En mi concepto no hay mas claro é ilustre monumento de la cortesía, urbanidad y magestad romana que el que nos presenta la coleccion de cartas tulianas. No solo Ciceron escribe cartas con la gravedad y con la elegancia misma, con que en las oraciones tenia pendiente de sus labios al senado y al pueblo romano, sino que todos sus amigos conservan en sus epistolas la misma grandeza, y Bruto, Vatino, Cecina, Metelo, Luceyo y tantos otros correspondientes de Ciceron parece que quieren competir con él en la eloquencia epistolar, puesto que debian darse por vencidos en la forense. Y la culta y urbana facundia, y la adornada y elegante naturalidad y sencillez, unida á una noble

ble y amable gravedad, no son dotes solo proprias de las cartas de Tulio, sino que tambien forman el estilo de todos los Romanos coetaneos suyos. ¿Que idea no nos presenta de la grandeza romana el ver á aquellos grandes hombres descubrirse amigablemente su corazon en los negocios mas graves, sin prorrumpir jamas en expresiones que manifiesten vileza ó baxeza, ni desdigan en un apice de la gravedad senatoria? Ciceron escribe al hermano, á la muger, al esclavo Tiron, y á todos expresa su amor de diverso modo, y siempre el mas propio y mas correspondiente, sin ir en busca de afectadas y monotonas expresiones de languidas ternezas. ¡Que copia y abundancia de frases y de palabras diversas para expresar su celo por el bien de la Republica, para recomendar á un amigo, para mostrar su afecto, para manifestar su deseo de servir, y para decir lo que suele decirse en las cartas familiares! Pero donde mas se vé su facil y versatil estilo, es en las muchas cartas que escribió á Atico.

Ya trata de negocios gravísimos de la República, ya habla de sus cortos y domesticos intereses, ya entra en materias políticas, ya en económicas, ya en literarias, ya pasa á chanzas familiares y amigables confianzas, y en todo escribe con singular elegancia; y las cartas tulianas en todas clases podrán ser tenidas por otros tantos verdaderos modelos de toda especie de cartas. Despues de Ciceron hubo otros muchos, que escribieron cartas ó tuvieron el laudable cuidado de recoger y publicar las escritas. De Ateyo Capiton, de Antistio La-beon, y de otros muchos citan los antiguos algunos libros de epistolas; pero todas han perecido por las injurias del tiempo. Seneca escribió cartas; pero meramente filosóficas y didascalicas, las quales mas son tratados que cartas. Algo despues escribió cartas familiares Plinio el jóven, y son las únicas que se han conservado despues de las de Ciceron. Estas cartas ciertamente son juiciosas, están llenas de ingenuo candor, y escritas con

NY

IT

ter-

tersura y elegancia: el estilo aunque sobrado florido, es mas sencillo y natural, y no tiene la afectación y estudio del panegirico; pero sin embargo se resiente algun tanto del gusto entónces dominante; y algunas contraposiciones, algunos conceptos, y los concisos y truncados periodos disminuyen no poco la espontanea fluidez, y la natural pausa y noble gravedad, que no son impropias de las cartas de los Romanos, y que agradan mucho en las de Ciceron y de sus amigos. Las cartas de Plinio, y las de Ciceron y sus amigos forman todo el cuerpo de los epistolarios romanos; pero Tulio solo ha escrito tantas, y en generos tan diversos, que podemos gloriarnos de tener en las cartas tulianas un perfecto é integro monumento del gusto epistolar de los Romanos del siglo de oro en toda clase de cartas.

Al tiempo mismo que Ciceron florecia el griego Dionisio Halicarnaseo, que escribió cartas á Ammeo y á Pompeyo; pero solo sobre puntos críticos y literarios

Griegos
posteriores.

Tt 2

rios

rios, y mas son tratados didascalicos, que cartas familiares. Se quieren hacer pasar por de Bruto ciertas cartas griegas, que son de un gusto harto diverso de las latinas que él nos ha dexado, y justamente están tenidas por los críticos como obra de algun sofista posterior. Que Apolonio Tiano escribiese cartas que se conservaron en tiempos posteriores, no solo lo dice Filostrato, sino que lo atestiguan Estobeo, Suidas y otros: pero no es tan cierto que sean suyas las cartas que ahora corren baxo su nombre. Filostrato en la carta dirigida á Aspasia, ó como cree Oleario á Aspasio, recomienda particularmente las cartas de Bruto, ó de su secretario, las de Apolonio Tiano, las que escribió el mismo Emperador Marco Aurelio, y no sus secretarios, y las de Herodes Atico, las quales sin embargo no las alaba enteramente por ver en ellas excesiva cultura y sobrado aticismo. Pero el mismo en la vida de Antipatro secretario de Severo dice, que ninguno mejor que este sofista ha sabido escribir cartas,

á nombre de los Emperadores, y expresar en el estilo la imperial magestad, conservando la claridad y sencillez epistolar. Los sofistas griegos y romanos de aquellos tiempos gustaban de fingir cartas griegas de los personajes mas respetables, y á ellos deben atribuirse las muchas cartas de Hipocrates, de Falaris, de Demostenes, de Aristoteles, de Alexandro y de tantos otros, que se encuentran en las vidas de los filósofos de Diogenes Laercio, y en las colecciones de cartas griegas. Entónces para ejercitarse en el estilo se dedicaron tambien muchos á escribir cartas amatorias, rusticas, piscatorias y de otras materias. Alcifron compuso cartas piscatorias y amatorias, en las quales introduce los pescadores, que se escriben mutuamente sobre sus intereses, ó escriben á sus mugeres ó á sus amadas expresiones amorosas. Bartio podrá llamar quanto quiera gracioso y agudo escritor á Alcifron; pero yo encuentro muy insipidas, y de poquísimo interes las cartas de sus pescadores. No me deleytan mas las rus-